

tinguen este sentido de *nenia* del de 2,1,38 (cf. también G. Williams, *The third book of Horace's Odes*, Oxford, 1969, p. 143, quien entiende aquí 'coda'). 30,7: ¿por qué «evitará la Muerte» y no «evitará Libitina»? «No moriré del todo pues gran parte de mí / evitará la Muerte»: Horacio evita la muerte y también, con ese nombre de oscuros e irremplazables sonidos (aún para el lego), la redundancia.

Si bien la operación está destinada al fracaso, a veces puede ser útil el ejercicio de distinguir, en nuestro acercamiento a Horacio, las innumerables lecturas que han hecho de su poesía un «tesoro universal». La conciencia que los traductores tienen de sí mismos, de estar «en los confines de una lengua que a su vez no es la lengua central de los últimos días del siglo xx»

(13), muestra una más que festejable voluntad de pensar esta poesía a partir de particularidades. Si la traducción de un poema es un poema, habrá que saber sopesar ausencias y reemplazos: una posición sin duda discutible si tenemos en cuenta las preferencias académicas habituales (rancia prosa si el verso no sale, y que aprendan los ignorantes latín). Esta serie de versiones, varias de las cuales logran presentar esa más que difícil y reconocible elegancia, constituye sin duda un argumento a favor del trabajo.

El texto es el fijado por C.E. Bennett, Cambridge, 1960.

Sergio Raimondi

Universidad Nacional del Sur  
Bahía Blanca, Argentina

HINDS, S. 1998.

*Allusion and intertext. Dynamics of appropriation in Roman poetry.*  
Cambridge: Cambridge University Press. XVI + 160 p.

La pacífica convivencia que podrían dejar suponer los dos términos coordinados en el título no es tal, y es necesario leer su vinculación como ejercicio del arte de la precaución académica. Este nuevo libro de la colección «Roman literature and its contexts» (uno de cuyos editores es el propio Hinds) expone una y otra vez una voluntad de discusión en un marco no por silenciado menos presente: un comentario sobre los instrumentos de la disciplina será, por desplazamiento propio de la sinécdoque, un comentario sobre la disciplina misma. Es decir: se trata menos de discutir los modos de relación entre los textos que los alcances e intenciones de posturas filológicas distintas. Para dar una síntesis: quien lee bajo el concepto de «alusión» sostiene (consciente o no) su trabajo en un campo teórico según el cual la intencionalidad del autor posee una posición determinante; quien lee bajo la perspectiva de la «intertextualidad» considera que el sentido se construye en el

momento de la recepción. La distinción se juega sin duda en un campo más amplio de matices, pero no es ingenua ni menor la diferencia que se establece entre quien entiende la lectura como un redescubrimiento, y quien la concibe como una apuesta ligada inevitablemente a circunstancias históricas actuales.

Elegía latina, Nevio, *Metamorfosis* ovidiana, Lucano o Estacio: la elección misma de los textos denuncia un momento teórico que hoy los favorece; se trata de revisar la construcción de un orden que los ha ubicado como «géneros débiles», «literatura secundaria, epigonal o decadente» o, en todo caso, según un movimiento por el cual suele invocarse a Derridà, de pensar positivamente ciertas características concebidas, por tradición, desde una negación. (útiles hubieran sido al autor ciertas reflexiones de *Kakfa. Pour une littérature mineure*, París, 1975, de Gilles Deleuze y Félix Guattari).

La revisión de lo que solemos llamar «historia literaria», considerada como una «narrativa» más, constituye una lectura política ejemplar. Hinds, quien concluye con la necesidad de tener en cuenta la provisionalidad de cualquier narrativa histórica, encuentra por ejemplo en los manuales de uso habitual la repetición de una teleología enniana (p. 61) concebida ya por Cicerón en defensa de sus propios textos, según la cual los cambios de «la historia literaria latina» han sido escritos una y otra vez a partir de descubrimientos y redescubrimientos del helenismo, legitimados a su vez por la aparición de «mentores» griegos: Andronico, Crate y Carneades, Panecio, Arquias, Antíoco, Partenio (p. 81). Del mismo modo, la denominación «siglo de oro» es leída como una construcción en complicidad evidente «con la retórica visionaria del automito de Augusto» (p. 83). En cuanto a las consideraciones más estrictas sobre alusión, destaco la conciencia de que el marco teórico que la define como un texto que incorpora elementos de otro exige poner el énfasis (según una relación de poder) siempre en uno de los dos textos. Invertiendo esa conocida jerarquía, Hinds se permite decir que Ovidio, más que constituirse a sí mismo como lector epigonal de la *Eneida*, construye en su texto a Virgilio como un precursor de las *Metamorfosis* (p. 121-122). Otro concepto eficaz es aquel de que el mecanismo de la alusión puede convocar a más de dos textos en su relación: más allá de certezas lexicográficas, el envío de un pasaje a otro se produce a veces a partir de «climas» semejantes, lo que permite analizar una vinculación de Estacio con Horacio en el contexto de una asociación más general a Ovidio. Estos dos últimos planteos amplían las preguntas sobre los textos con un grado alto de funcionalidad: la alusión, ya lejos de verse como un lujo de erudición, es considerada en su uso como una herramienta primordial mediante la cual el poeta moviliza su propia narrativa (la propia etiología, si se quiere) de la historia literaria (p. 133).

A veces, sin embargo, pareciera como si Hinds confiara demasiado en su capacidad de situar y desarmar conceptos y participara, entonces, de un sitio neutral; así cuando dice «como lectores modernos, alejados de todos los intereses y parcialidades de otros grupos de lectores» (p. 73). Aunque apenas más adelante acote «aunque tal vez con intereses académicos y parcialidades propias», su construcción en este punto se quiebra: el *tal vez* se vuelve inquietante. Todo el libro (como cualquier otro, quede claro) está cruzado por intereses personales, colectivos e institucionales; y esto ya se hace evidente cuando el propio Hinds, al percatarse de la diferencia entre las consideraciones teóricas (más osadas) y las ejemplificaciones prácticas (más tradicionales) del, en este caso, «mentor» italiano Gian Biaggio Conte, resuelve la diferencia aludiendo a la ocupación *full-time* del italiano como «filólogo» (p. 21). Desde esta conciencia «institucional» debe entenderse también la puesta entre comillas, hacia la mitad del libro (p. 47-51), de la idea que sin duda ha abierto los interrogantes a partir de los cuales este libro funciona: nuestra incapacidad final de conocer la intención última de un autor (p. 144). Hinds alerta entonces sobre un «fundamentalismo de la intertextualidad» refiriéndose a precauciones tomadas por Umberto Eco y el propio Conte. Y aquí, entiendo, se manifiesta otro problema del discurso de Hinds: uno de los textos a los que se refiere, el prólogo de Conte a *Generi e lettori* (Milano, 1991), expone la figura de un lector totalmente dependiente de la voluntad del propio texto que debe limitarse a decodificar la intencionalidad originaria, una consideración al menos antagónica con respecto a ciertas propuestas de Hinds. Aparece entonces una cuestión más sin resolver: el uso yuxtapuesto de teorías críticas contemporáneas; la convivencia en este libro entre Eco y Barthes es, al menos, más que dudosa, así como, en otro libro de la misma colección, la convivencia entre la estética de la recepción y

los textos de Derrida. Y este comentario no está hecho desde la apuesta por un ingenuo purismo teórico, sino con la convicción de que es imperioso, en todo caso, hacer de la yuxtaposición un problema y no una naturaleza (en definitiva, se trata de intertextualidad: ¿por qué ejercitar una lectura compleja hacia los textos literarios y no hacia los críticos?).

La voluntad de discusión a la que me referí en el primer párrafo se vuelve notable en la calidad metafórica del lenguaje. Téngase en cuenta «la guerra fría» de la que habla Duncan Kennedy en uno de los epígrafes del capítulo segundo, titulado a su vez «más allá del fundamentalismo filológico». Con la misma intensidad se denuncian «los controles policiales sobre el sentido» y se justifica la perspectiva intertextual que apela a políticas «más democráticas» de lectura (p. 48). Curiosamente, el discurso se asemeja al utilizado por Estados Unidos en referencia a comunidades del «tercer mundo». Y digo curiosamente porque este texto está animado por el afán de quebrar un modo hegemónico de lectura.

*Allusion and intertext* tiene carácter de manifiesto. Richard Thomas, con su apuesta por diferenciar, desde el autor, «referencia» y, desde el lector, «confluencia accidental de lenguaje» («Virgil's Georgics and the art of reference», *HSPC*, 90, p. 171-198), es convocado para representar lo que sería una amplia mayoría de filólogos tradicionalistas. Pero más allá de esta confrontación, el carácter «fundante» de este texto se debe a que la colección en la que aparece, precisamente, está sostenida por una red incesante de relaciones entre cada uno de los volúmenes que la conforman: Hinds remite a Martindale o Hardie así como Martindale remite a Kennedy o a Hinds. En el ida y vuelta entre cada uno de estos textos, se le ofrece al lector una serie eficaz de preguntas sobre el trabajo filológico que invitan, sin duda, más a ser precisadas y multiplicadas que a afanarse en sus respuestas.

*Sergio Raimondi*

Universidad Nacional del Sur  
Bahía Blanca, Argentina

GÓMEZ PALLARÈS, Joan. 1999.

*Studia Chronologica. Estudios sobre manuscritos latinos de cómputo.*

Con una presentación de Carmen Codoñer y la colaboración de Gemma Puigvert y Rosario Perea.

Madrid: Ediciones Clásicas. xviii + 251 p.

Este libro recoge 14 artículos publicados entre los años 1982-1994 (pero no todos los trabajos posibles del mismo autor sobre el tema), los cuales concentran, pues, trece años de trabajo de investigación dedicados a la literatura de cómputo, especialmente de época visigótica de los ámbitos *hispano*, de Cataluña y europeo. Con la edición de este libro se cumple una de las motivaciones de Joan Gómez, que es la de evitar la dispersión de trabajos que caracteriza a la Filología Clásica. Dicho de otro modo menos modesto: presentados en conjunto, cubiertos por la misma encuadernación,

pasan de ser un conjunto de artículos dispersos a convertirse en un manual sobre literatura de cómputo medieval. Es cierto que, al recopilar y poner de corrido este material que tenía catorce lugares (de espacio y tiempo) distintos de exposición y publicación, surgen algunas repeticiones que ahora serían innecesarias (inevitables, cuando el autor no ha querido volver a redactar la recopilación, sino, simplemente, reagruparla). Así por ejemplo, encontramos varias descripciones codicológicas para los manuscritos que protagonizan el conjunto de trabajos (*C, A, E, L, P*, a los que luego aludiremos), o bien